LOS DIEZ QUE FUERON AHORCADOS

por Zalman BORNSZTAJN, Melbourne, Australia

Quién por matanza y quién por estrangulamiento… múltiples fueron las muertes por las que nuestros seres queridos y cercanos fueron superados en aquellos años oscuros, cuando la plaga hitleriana se extendía sobre la parte más vital y creativa del mundo judío, que se encontraba en Polonia. Cuando no sólo los bienes judíos y todo lo santo y precioso cayeron en el abandono, sino que también las últimas vidas físicas desnudas fueron condenadas a muerte por el plan diabólico y bien pensado de aquellos "superhombres" que querían y todavía quieren gobernar el mundo.

Łęczyca era sólo una rama de ese hermoso árbol maduro que era la Polonia judía, que durante muchas generaciones absorbió el alimento y la savia de sus raíces sanas. Y así como las ramas son iguales entre sí, Łęczyca también se parecía a las innumerables ciudades y *shtetls* judíos de Polonia con sus costumbres, fiestas, ocupaciones, sindicatos, luchas partidistas y trabajo de organización cultural.

Los nazis, que cometieron todos los crímenes que pueden encontrarse en un código criminal, con el añadido de sus propias invenciones sádicas, acusaron a los judíos de Łęczyca hambrientos y cansados, confinados en el gueto, que habían regalado sus últimos bienes de valor por unas patatas, o un trozo de pan, para mantenerse con vida –si así se puede llamar– del comercio con oro, y por ello los condenó a muerte. Y no sólo acusaron a los judíos del gueto, sino también a los judíos que ellos mismos habían encarcelado.

Cuando sacaron a los condenados de sus celdas, uno de ellos murió de miedo. Cuando todos los judíos estuvieron reunidos en el mercado, donde se había preparado una horca especial para los diez judíos, el oficial de las SS sacó primero al mejor judío de la primera fila para reemplazar al muerto. El cadáver imprevisto que yacía junto al SS con su esposa y sus dos hijos era Yankel Szpigel z"l, un judío rico antes de la guerra.

El hecho de que uno ya estuviera muerto no contaba. Si se preparó la horca para diez, diez deben ser colgados. Por tanto, se seguiría la ordenanza alemana. Con uno colgado hubo complicación, se rompió la cuerda. Yankele Wiszegródzki, que aún vive, le dijo al oficial alemán que, según el derecho internacional, no estaba permitido ahorcarlo y que debía seguir con vida. "Para los judíos no existe ninguna ley", fue la respuesta.

Diez judíos habían sido condenados a ser ahorcados en el mercado. El engañoso pensamiento tácito era: la festividad judía de Purim… Se proclamó una orden de que todos los judíos debían estar presentes y ser testigos de la ejecución, a nadie se le permitía permanecer en casa, las puertas no debían cerrarse ni dejarse abiertas…

Entre los ahorcados se encontraban dos hermanos: Israel y Eliyahu Shajbe z"l, uno tuvo que ahorcar primero al otro. También estaban entre ellos un padre y un hijo: Ben-Zion y Yaakov Moszkowicz z"l; el hijo tuvo que ahorcar primero a su padre… A tal nivel había descendido el pueblo alemán a mediados del siglo XX, cuando, buscando gobernar el mundo por la fuerza, se puso en manos de un asesino en masa degenerado.

La confinada "calle judía", una parte del gueto, donde estaban hacinados todos los judíos de la ciudad

Tras la destrucción de nuestra Łęczyca judía, lloramos entre todos los judíos a los diez condenados a la horca, así como a los otros cuatro judíos: Naftali Kohn, Yitzhak Szpringer, Mordejai Sztar y Yaakov Jaim Lesman z"l, que murieron todos una muerte de mártir por su *yiddishkayt*.

¡Honor a sus memorias!

El "*Judenrat*", encabezado por Mucznik, y un agente de las SS revisan la lista de judíos a deportar